

Prefacio a la edición en castellano

Varios años han pasado desde que escribimos la versión en inglés de nuestro libro *Narrow but Endlessly Deep*. Desde entonces acontecimientos en ciertos sitios han avanzado más allá de la historia original y mucha nueva información ha surgido de varias fuentes importantes. Más importante aún, nuestras interpretaciones de ciertos eventos y personalidades han cambiado a la luz de estas nuevas revelaciones. Es la razón por lo que hemos re-escrito sustancialmente cada capítulo y dado un nuevo título a este libro. El dirigirse a lectores hispanoparlantes también ha necesitado una crítica re-evaluación del material que, aunque «nuevo» e «interesante» para los lectores angloparlantes, constituye conocimiento básico para aquellos nacidos y criados en culturas hispanas.

Este libro que originalmente tuvo su primera edición en inglés en julio de 2016 es ahora editado en castellano dirigido a los hispanoparlantes y particularmente a aquellos chilenos que sufrieron la Dictadura de Augusto Pinochet (1973–1990), así como a las nuevas generaciones para quienes «Golpe de Estado», «11 de septiembre», «Salvador Allende» o «Augusto Pinochet», son palabras que se prestan para polemizar, sin ningún arraigo en la vida actual y que sin embargo reenvían a un pasado de carencias, incomprensible, oscuro o lejano.

El acto de traducción no está limitado a un acto lingüístico, contiene aspectos culturales fundamentales que no se pueden eludir. Es decir, ajustarse lo más posible al sentido original del texto exige involucrar la cultura y la historia porque son inseparables.

Ahora consideremos algunos elementos más culturales. Chile es un país donde toda persona mayor de cincuenta años – independiente de su tendencia política y su percepción de la gestión gubernamental de la época (neutral, a favor de Allende o de Pinochet) – ha sido afectada, por lo que

todo referente a esa época esta teñido de ideología e incluso de emotividad. Contrariamente a los lectores australianos, cuyo desconocimiento de la historia de Chile les permite una lectura más desapasionada.

Si reflexionamos en relación al primer capítulo de la versión en inglés.

Nuestra intención en este libro no es detenernos en los aspectos políticos del Golpe como tal: es igualmente legítimo celebrar el heroísmo de la última alocución radial de Allende desde su oficina sitiada del palacio presidencial, La Moneda, como lo es citar cifras referentes a la economía en picada y al caos marcado por las huelgas durante su régimen. Pero para contextualizar el por qué de las pasiones que siguen rondando la creación de Sitios de Memoria en los lugares de la violencia estatal, esbozamos algunos eventos claves durante el régimen de Allende hasta septiembre de 1973, lo que permitirá dar un vistazo a lo profundo de los sentimientos de los chilenos al inicio de los años setenta, su idealismo y esperanza, coraje y frustración, odio, excitación, resentimiento, tristeza, temor, división y desilusión.

Podemos afirmar que tal declaración (necesaria en cualquiera historia escrita en Australia) será posiblemente rechazada por una gran cantidad de lectores chilenos. No obstante, decidimos conservarla, con la esperanza que nuestros lectores escépticos, e incluso hostiles, se interesen lo suficiente en la idea de dos historiadores australianos investigando una parte de la historia reciente de Chile, que a primera vista, pareciese no tener ningún paralelo con la de Australia.

Sin embargo, la historia de estos dos países guarda algunas similitudes.

Consideremos la reciente historia política de Australia, país que fue colonizado por los anglo-sajones a fines del siglo dieciocho, y que no pasó por una guerra civil, ni guerra de independencia contra los ingleses, ni golpe de estado, ni amenaza seria de invasión extranjera, incluso ninguno de los problemas usuales de las naciones nuevas se ha manifestado como, por ejemplo, el tema de la desintegración interna. En consecuencia, la idea de un golpe contra el gobierno del día sería rechazada por probablemente 95 por ciento de la población australiana.

No obstante, ciertamente, hemos vivido algunas crisis constitucionales. En el año 1975, el Primer Ministro laborista, Gough Whitlam, no pudo obtener la aprobación del presupuesto en el Senado, donde estaba en minoría, lo que significó que en el plazo de dos semanas ya no sería posible honrar los sueldos de miles de funcionarios y funcionarias públicos.

El Gobernador General, Sir John Kerr, representante de la Reina Isabel II del Reino Unido, resolvió finalizar el mandato de Whitlam, quien como abogado constitucional con gran respeto por la ley, aceptó la resolución y se retiró del poder. Kerr invitó a Malcolm Fraser, líder del Partido Liberal (que en Australia es el partido conservador) para que formara su propio gobierno a condición de que se llamara a otra elección. Tres meses más tarde, cuando esta se realizó, Whitlam fue derrotado de manera categórica.

Esta manera de abordar los problemas no es casual y se inscribe dentro de una larga tradición formal de resolución pacífica de conflictos políticos que data desde hace muchos siglos en el Reino Unido.

A pesar que la transición política del gobierno de Whitlam a Fraser se realizó de manera pacífica, nosotros los australianos también tenemos agudos sentimientos y conflictos históricos inconclusos.

Las similitudes entre Chile y Australia aparecen en relación al tratamiento de las poblaciones indígenas australianas, los aborígenes. Al igual que los mapuches, los aborígenes han sufrido bajo el imperio de los invasores coloniales y aún continúan sufriendo. Algunos historiadores estiman que más de 20,000 aborígenes habrían sido asesinados durante las llamadas «guerras de la frontera», la cifra de muertos es diez veces mayor que la de los exploradores y colonizadores anglosajones. Los pueblos originarios de ambos países tienen Sitios de Memoria sagrados no reconocidos por las autoridades ni por el resto de la sociedad.

En Australia como en Chile, los aborígenes recuerdan los sitios donde ocurrieron masacres y los cuerpos de sus ancestros fueron enterrados. Algunos de estos están señalados como tal, mientras que de otros no queda huella, permaneciendo solamente en la memoria de los ancianos. Es triste constatar que las placas y obeliscos que señalan muchos de estos sitios todavía son destruidos por una pequeña minoría de australianos no indígenas.

En Queensland, una placa que señala el sitio donde 200 aborígenes fueron masacrados en una batalla en el siglo XIX, ha sido destrozada, aunque siempre reconstruida, en varias ocasiones. En Fremantle, Western Australia, un monumento antiguo conmemora los nombres de tres exploradores anglosajones asesinados en 1864 por aborígenes que resistieron a sus incursiones dentro su territorio. Las palabras escritas en la placa, y que aún pueden leerse, hablan de unos «nativos traidores». Hace unos años, algunos aborígenes, con aprobación gubernamental, añadieron

otra placa al otro lado de dicho obelisco, indicando, «No se menciona el derecho de los pueblos aborígenes a defender sus territorios o su historia de provocaciones (por parte de los exploradores), que resultó en la muerte de los exploradores.» Esta placa de aclaración más moderna ha sido destruida tres veces, mientras que la placa original ha quedado intacta.

Otro ejemplo del pasado injusto y violento de los pueblos originarios de Australia ha quedado en evidencia en el tratamiento del caso de Eddie Koiki Mabo. Mabo era un indígena de las Islas del Estrecho de Torres que llevó exitosamente ante la Corte Suprema una batalla legal para que su isla fuera declarada como Título Nativo. Esto permitió que el gobierno, con la aprobación de una legislación pertinente, siguiera el mismo procedimiento con muchos otros pueblos indígenas. Mabo, ampliamente respetado, fue sepultado con todos los honores nacionales y de la ciudadanía. Pero la misma noche de su entierro, su tumba fue destruida parcialmente y pintada con swastikas. Fue re-sepultado, pero esta vez en su propia isla, la que él había ganado para su pueblo, lejos del racismo de sus enemigos.

Podemos llevar, incluso, estas analogías aún más lejos: muchos pueblos aborígenes no concuerdan en la interpretación histórica de ciertos Sitios de Memoria. Por ejemplo, ¿deben las reservas indígenas, controladas oficialmente por el gobierno o misioneros, ser representadas como sitios de opresión racista, o como espacios donde familias aborígenes crecieron juntas y que ahora exigen el derecho para conmemorar sus recuerdos felices?

Los autores ya vinieron a Chile familiarizados con la forma en que se abordan los sitios donde se ejerció el terrorismo de Estado, pudiendo estos ser reconocidos, ignorados, negados, o deliberadamente ocultados. Comprendemos, porque también es el caso en Australia, que existe mucha evidencia oral, escrita e incluso gráfica de lo ocurrido en algunos lugares. Por ejemplo, tenemos equivalentes como el Cuartel Simón Bolívar, donde no hubo víctimas que sobrevivieran para contar la historia. Conocemos situaciones en que el gobierno estaba dispuesto a aceptar los hechos y financiar un Sitio de Memoria en el cual el terror estatal quedaba en evidencia, como en el Estadio Nacional. Tenemos equivalentes al Parque por La Paz Villa Grimaldi, donde la evidencia histórica ha sido recolectada y protegida – o donde todo ha sido ocultado o perdido, como en Estadio Víctor Jara. También tenemos equivalentes a Loyola/Neptuno en Quinta Normal, donde la historia del sitio permanece tan confusa o discutida que no existe ningún monumento.

Habiendo identificado algunos paralelos entre las historias de ambos países, consideraremos algunas dificultades idiomáticas entre el español y el inglés.

Por ejemplo, en inglés es normal referirse a una persona solo por su apellido, mientras que en el mundo hispano-parlante se les trata con más deferencia al agregar el nombre completo y/o títulos de cortesía. Historiadores anglo-parlantes escriben «Allende», cuando en Chile se le trata como «Salvador Allende» o «el Presidente Allende».

Para no incurrir en errores conceptuales hay que identificar las palabras que tienen significados diferentes entre los dos idiomas, por ejemplo, «radical». En inglés la palabra significa «contundente» y en el sentido político, agresivo, con la intención de cambiar la situación del país profundamente, incluso por medio de la violencia. Este concepto no se traduce fácilmente en español, en Chile especialmente, donde el Partido Radical, de tendencia de centro, data de 1863, es decir, un partido «no radical» en el sentido en inglés.

¿Qué palabras debe elegir el traductor: «Golpe», «pronunciamiento militar», o «derrocamiento» para describir el evento en que un gobierno llega a su fin violentamente? Estos términos no son intercambiables entre sí, pudiendo incluso llegar a tener significados totalmente opuestos. Es posible que el traductor, si no ha situado el texto dentro del marco político, no considere los matices existentes entre esos conceptos. ¿Debe la muerte violenta de un Primer Ministro o Presidente, ser descrita como asesinato, homicidio, magnicidio, eliminación o sacrificio? Dependiendo de la posición y convicción del escritor, todas estas palabras son válidas y pueden ser encontradas en los documentos históricos, políticos o literarios en el idioma inglés.

Es posible que los lectores anglo-sajones no respeten a los movimientos políticos que intenten derrocar a un gobierno democráticamente elegido, independientemente cuán malo sea este; mientras que los latinoamericanos puedan creer que esa acción es en parte legítima, pudiendo al mismo tiempo desaprobando el programa de la violencia política de un partido revolucionario pero concederle que sea legítimo combatir y avanzar en esta larga e incompleta lucha de independencia del continente que comenzaron Martí, Bolívar, San Martín, Sucre y O'Higgins. Claramente la verdadera traducción cultural inevitablemente elegirá palabras como asesinato sobre homicidio. Las convicciones del autor y del traductor

permearán y aflorarán en cada página. Ellas van a adquirir significados inadvertidos o intencionales cada vez que se usen las palabras «memorial», «tortura», «golpe», «asesinato», «humillación», «milico» (por militar) y «paco» (por policía). Incluso sustantivos como «comunista» resonarán diferentemente en Chile, Australia y los Estados Unidos de América. No podemos escapar a las desconfianzas. Reconociendo las particularidades de cada idioma, solamente se puede esperar que cada frase sea recibida y comprendida en su justeza por cada lector.

Nunca comprenderemos en su integralidad las sutilezas de la historia reciente chilena moderna, pero los ejemplos presentados en el libro permitirán establecer lo que nos une y nos separa en la manera como abordamos la memoria en Chile y en Australia. Así como evidenciar la necesidad inherente a todo ser humano de marcar los lugares donde se ha sufrido, para así homenajear a las víctimas e impedir que esos actos contra la humanidad se vuelvan a cometer. La Memoria de un pueblo sienta las bases para la construcción de un mejor futuro.

This text is taken from *Sin Descansar, En Mi Memoria: La lucha por la Creación de sitios de memoria en Chile desde la transición a la democracia*, by Peter Read and Marivic Wyndham, published 2017 by ANU Press, The Australian National University, Canberra, Australia.